

***Agua, cultura y relación***

LA NUEVA CULTURA DEL AGUA EN UN MUNDO EN CRISIS

Javier MARTINEZ GIL  
Fundación Nueva Cultura del Agua  
Catedrático de Hidrogeología  
Universidad de Zaragoza

A partir de una cierta edad, hay en el ser humano una tendencia natural a añorar determinados aspectos del pasado; es como un aferrarse a la vida que se acaba en unos momentos marcados no sólo por la añoranza de lo que se fue, sino también por la comprensión profunda de la esencia misma de la vida, lejos ya de sus parafernalias, cuando se ha recuperado el ritmo humano del vivir, durante tantos años perdido. Esa inevitable añoranza, esa necesidad de reencuentro con las raíces de la vida, es lo que lleva a muchos a sentir como una realidad la popular afirmación de que "cualquier tiempo pasado fue mejor".

Más allá de esa componente de añoranza, cierto es que vivimos tiempos de cambios profundos que generan una zozobra y una inquietud existencial que antes no existían. Vemos cómo día a día desaparecen principios y valores que antaño imaginamos eternos, y que no son sustituidos por nada equivalente a cambio, lo que nos lleva a un estado de desorientación, de incertidumbre general y de huida hacia delante, que se refleja en casi todos los órdenes de la vida. Es la razón que nos lleva a evocar tiempos pasados que en este sentido fueron más estables, más sosegados y más humanizados, más centrados en la esencia del ser humano.

Vivimos en tiempos de crisis, de crisis generalizada. Tal vez nunca jamás la humanidad entera había estado tan pérdida, tan sin rumbo y con tanta capacidad de autodestrucción como ahora. Nunca tan desorientada y tan ayuna de principios rectores. Nunca tan prisionera de su propia trampa, ni tan desespiritualizada. Nunca tan consciente de que el camino que lleva, los afanes que la mueven y la rigen, no tienen otra salida que el precipicio. La caída se nos presenta como la gran catarsis necesaria para volver a renacer de las propias cenizas, de lo que quede.

La atmósfera está en crisis; la disfunción que en ella hemos creado nos amenaza con un calentamiento capaz de desencadenar una interminable cascada de complejas consecuencias, desde la cantidad y distribución de las lluvias, el caudal de los ríos, el ascenso del nivel de los mares, la desaparición de una amplia franja costera, etc.

La manipulación genética no sabemos a donde nos puede llevar, y nos asusta. Todo el medio natural está en crisis. Hay una crisis medioambiental que nos obliga a vivir hacinados en grandes ciudades/guetho, atrapados por el ruido y el aire contaminado, aislados del contacto de lo natural, sumidos en la más dura artificialidad. Hablamos también de la crisis de la energía, de la minería y de la agricultura, de los suelos y de las masas forestales.

El mundo rural está en crisis, en vías de desaparición. Y la viejas culturas que forman parte de nuestra historia, las que configuran nuestras raíces y dan contenido al sentimiento de arraigo, también están en crisis, en proceso de extinción. Todo un mundo emocional está en vía de desaparición bajo el acoso del progreso. Hablamos de la crisis de los mares y de las pesquerías, de la crisis de los alimentos, cada vez más genéticamente manipulados, y de la crisis de biodiversidad. Hay una crisis de credibilidad en los partidos políticos, y en el sistema democrático. Una crisis de credibilidad en los medios y, lo que es peor, en la Justicia.

Hay una crisis de verdad. Vivimos instaurados en la mentira y en la manipulación; una manipulación que no respeta ni al sector más indefenso de la humanidad, los niños. Los grandes programas infantiles de la TV, en especial los de los sábados y domingos, son programas de educación hacia el consumismo más feroz y la violencia; el objetivo de quienes los subvenciona es la creación en los niños de un estado de ansiedad e insatisfacción permanente. Los programas escolares llevan en su esencia la educación en los parámetros de lo que hoy llamamos progreso, y no la educación en la felicidad, ni en un mundo de valores. Nuestros escolares viven la más brutal de las esquizofrenias, no saben donde están ni hacia dónde caminan, en un mundo de adultos cargado de contradicciones profundas.

Hay una crisis de fe en los valores religiosos, y de credibilidad en sus líderes. Hay una crisis en la convivencia internacional. Decenas de países viven permanente en guerra, con millones de niños soldado, cientos de miles de niños mutilados y lisiados; mientras, la industria armamentista hace su agosto. Eso no impide que nuestros niños celebren en sus escuelas el Día Mundial Paz como una de las actividades/espectáculo del curso.

Hay una crisis de seguridad ciudadana; el robo, el atraco y la violencia están a la orden del día; a su costa florece el negocio de los sistemas de alarma y las empresas de guardas jurados. Hay una crisis religiosa, una crisis de la familia, de la juventud, de la universidad, de las instituciones, y de la autoridad de los padres. Hay una crisis de orden. En definitiva, hay una crisis de valores.

Como no podía ser menos, en medio de ese panorama, hay una crisis de los sistemas acuáticos naturales; tan grande que nos lleva a hablar en términos de un siglo XXI marcado por las "guerras del agua". La crisis del agua no es más que una

manifestación de esa crisis general; es su expresión en versión hidrológica. Sus raíces y, por tanto, su solución escapan al saber hidrológico, son mucho más profundas.

El diagnóstico es general: todo está en crisis. Lo paradójico es que sabemos cuáles son las raíces del mal, de la pandemia que nos amenaza, pero somos incapaces de atajarla. Es como el drogadicto, que sabe que su mal es la droga, pero se siente impotente, incapaz de tomar la decisión de abandonarla, pese a que es consciente de que le lleva a la ruina total; está atrapado por ella.

Hoy, la palabra talismán es "progreso". El noble afán de progresar lo guía y lo justifica todo. Sin embargo, raramente llegamos a preguntarnos qué es el progreso; en cierto modo hemos convenido que el progreso no necesita justificación, que basta invocarlo, que se justifica a sí mismo. Es tal el fundamentalismo en torno al término, que cualquier cuestionamiento de aquello que es justificado en su nombre, es razón suficiente de desautorización.

La realidad es que invocamos al "progreso" sin saber bien a qué nos estamos refiriendo. ¿Qué es el progreso? Con frecuencia, aquello a lo que llamamos progreso o desarrollo, no es sino una huida irresponsable hacia adelante, una especie de darle fuego a todo, una política de tierra quemada.

Vivimos atrapados por lo que podríamos llamar la cultura del lucro. El afán de poseer lo preside todo. La codicia -sea a nivel personal o colectivo-, es en cierto modo el motor que todo lo impulsa y lo guía, por encima de valores tan sublimes como la fraternidad, la solidaridad, la identidad, la belleza, el respeto, la humildad, o la dignidad. El modelo de desarrollo que desde hace unas cuantas décadas gobierna las conductas humanas y a todos nos tiene atrapados como sus rehenes, nos ha hecho perder la conciencia de que en ausencia de determinados valores y virtudes no es lícito hablar de progreso, al menos desde un sentido holístico del término. Sin esos valores no es posible la paz interior de cada cual y, en consecuencia, no es posible la convivencia con los semejantes, un ideal sublime que hoy más que nunca debería marcar el objetivo más noble y la aventura más apasionante del colectivo humano.

Tal vez nuestra compleja naturaleza es así, de forma que en cierto modo estamos condenados a vivir debatiéndonos siempre en la ambivalencia, entre la tendencia al bien y al mal, entre la responsabilidad colectiva y el personalismo, entre la generosidad y el egoísmo, entre el amor y el odio, entre la humildad y la ostentación, entre la paz y la guerra. El afán de poder y el deseo de sobresalir, son aspiraciones intrínsecas a la naturaleza humana, que siempre han guiado nuestras conductas personales y colectivas. Sólo la bondad natural y la reflexión intelectual han sido capaces de controlar la parte negativa de esa ambivalencia, nuestra egocentricidad, que más allá de un límite es destructiva y diabólica.

El saber, la información, la tecnología, la fuerza bruta, la manipulación del pensamiento y del sentimiento, han estado presentes en todas las culturas y momentos de la historia al servicio de los afanes de poder y dominación; unas veces para bien y otras para mal. La diferencia entre el momento actual y épocas pretéritas está en la fuerza que hoy en día tienen esos saberes, esas tecnologías, esa fuerza bruta, esa capacidad de manipulación, y ese poder de destrucción. Siempre ha habido guerras, pero nunca armas tan poderosamente destructivas, diseñadas con tanta maldad ni justificadas con lenguajes tan sibilinos, como las actuales.

Nunca la posibilidad de hacer el mal y de destruir ha tenido tanto poder. A excepción de los místicos y de las filosofías panteístas, el ser humano ha tratado siempre de modificar el orden natural de su entorno, adaptándolo no sólo a sus apetencias legítimas y a su afán de bienestar, sino también a sus ansias de poder. Siempre ha tendido a controlar la voluntad y el pensamiento de los demás. Lo que ocurre que esa capacidad de disfuncionar, de degradar, de desordenar, de destruir, de dominar la naturaleza y los instintos humanos, son ahora de una potencia incomparable a la que tuvieron en tiempos anteriores. Y esa realidad nos asusta.

En líneas generales se puede afirmar que todo avance en el conocimiento científico y tecnológico es intrínsecamente bueno, y que forma parte de un afán legítimo de la curiosidad del alma humana por descubrir el misterio de las cosas y su porqué. El problema está en la forma y en la dirección en las que luego son aplicados ese saber científico y ese progreso tecnológico.

La gran familia humana está hoy atrapada por la fuerza bruta del poder tecnológico y por la lógica de la razón mental, ignorante de que pueda haber otras lógicas. Por eso, lejos de caminar hacia un bienestar colectivo, estamos utilizando los avances del saber como un arma al servicio de los complejos y perversos sistemas de dominación, sembrando por doquier diferencias que humillan, estados de abuso que generan odios, haciendo negocio con las personas, manipulando sus deseos, explotando sus instintos más bajos, destruyendo los paisajes más sublimes, arruinando identidades sagradas, despersonalizando los territorios, esquilmando biodiversidades, los bosques, los horizontes, y las pesquerías, degradando la atmósfera y los mares, haciendo de la belleza natural propiedad privada, negocio y especulación.

La culpa de esa dinámica no está en la naturaleza intrínseca del conocimiento tecnológico, sino en el mal uso que hacemos de él. En líneas generales podemos hablar hoy en términos de una "tecnobarbarie" generalizada al servicio de una idea perversa de progreso; podemos hablar de un saber mercenario y asalariado por quienes alimentan un modelo de progreso deshumanizador, que junto a una de cal nos da tres de arena. En realidad estamos llamando progreso a lo que no es sino falso progreso, un progreso lleno de violencia y desencuentros, basado en la competitividad, en el ansia de poder de cada cual, que tiene los

efectos de una droga. Estamos ante un modelo que pese a adornarse a sí mismo de una retórica que no cesa de invocar a los grandes principios morales que pretendidamente lo rigen y a una sensibilidad por los valores de la naturaleza, cuando su realidad es la contraria, porque es un modelo antropofágico y ecocida.

El asalto a la naturaleza, la desaparición de lo bello, la desposesión del "anima mundi" que hay en el paisaje, en el fluir de un río y en todo lo creado en general, es una de las realidades de esa dinámica a la que llamamos progreso. El "desarrollo sostenible" suele ser un eufemismo, una forma de maquillar la destrucción, poco más que una retórica discursiva, algo que solo está en el corazón de muy pocas personas. La sostenibilidad exige una serie de renunciadas a determinadas formas y conquistas de las sociedades del estado de bienestar, un retroceso y, sobre todo, exige unos mínimos principios de fraternidad universal que hoy no se dan, al menos en el seno de las grandes estructuras de poder que sustenta el actual modelo de progreso.

\* \* \*

En el contexto general de huida hacia delante en el que, pese a todo, seguimos inmersos, si hubiera que preguntarse qué está pasando con el agua, con los ríos y con los mares, y sólo nos fuera permitida una palabra para definir la situación, esa palabra sería "degradación". Y si se pudiera utilizar una segunda palabra, sería "disfunción". Hay que mirar retrospectivamente para darse cuenta del hidrovandalismo en el que estamos sumidos en nombre del progreso, y para percibir la magnitud de la destrucción que hemos sembrado por doquier en apenas cincuenta años de aplicación abusiva del poder de la tecnología hidráulica. Suelo recomendar la lectura del pequeño libro de la doctora americana Jane ABRAMOVITZ: *Aguas amenazadas futuro empobrecido*, editado por Bakeaz, para tomar conciencia del nivel de vandalismo hidrológico en el que estamos inmersos, y de la dinámica de auténtico holocausto hidrológico que ha guiado y sigue guiando nuestras planificaciones.

Pese a todo, el libro de Abramovitz apenas se limita a dar una relación de la destrucción causada en términos de contaminación, desnaturalización del régimen de caudales de los ríos, disfunciones geológicas creadas, pérdidas de biodiversidad desencadenadas, merma de los recursos pesqueros, etc., junto a unas pinceladas del drama humano que hay detrás de toda esa barbarie, que los cronistas -asalariados de los grandes poderes- apenas tienen libertad para narrar. Junto a la destrucción de orden físico y material que nos describe el libro, que es muy grave, hay también una destrucción de orden metafísico y un dolor humano ocultos, cuyas consecuencias son aún más graves.

La degradación de un río significa mucho más que una pérdida de caudales, más que una merma de la calidad de sus aguas, más que unos sedimentos que no llegan al mar. La desaparición de un valle bajo las aguas de un embalse es mucho más que una simple

pérdida de un valor estético, con ser mucho; como bien dice Julio LLAMZARES en su ensayo "Cementerios bajo el agua":

"Nadie que no haya visto en directo el dantesco espectáculo de un pueblo emergiendo de las aguas al cabo de los años, podrá saber jamás cuánta desolación esconden en su fondo los pantanos. Nadie que ahí no tenga sus recuerdos, sus raíces ni su casa, será capaz de imaginar cuánto dolor quedó enterrado para siempre en esos cementerios que se pudren en silencio bajo el agua".

La degradación de un río o su desaparición bajo las aguas de un embalse es una auténtica amputación espiritual que se hace al territorio y a la vinculación emocional del ser humano con él; es una destrucción del "anima mundi" de las cosas, del mensaje de espiritualidad que hay en toda manifestación de la grandeza de la naturaleza; en definitiva, es un desarraigo para el alma. En ese sentido, hay que decir que no es tanta la disfunción y la degradación que hemos creado y seguimos creando por doquier en nombre del progreso, como la pérdida que, conducidos por el modelo de progreso imperante, hemos experimentado del significado profundo que tiene para el ser humano la naturaleza y los valores emocionales. La pérdida de determinados valores de naturaleza es más grave, si cabe, que lo que supondría la pérdida de la literatura, del pensamiento y la música de los clásicos, del arte y el sentimiento del pasado expresados en forma de construcciones, tallas, pinturas, etc.,. Es un vandalismo, y con perdón de los vándalos.

"Un río es algo que tiene una fuerte y marcada personalidad, es algo con fisionomía y vida propias. Uno de mis más vivos deseos es llegar a seguir el curso de nuestros grandes ríos: el Duero, el Miño, el Tajo, el Guadiana, el Guadalquivir, el Ebro. Se les siente vivir. Cogerlos desde su más tierna infancia, desde su cuna, por sus angosturas y hoces, por vegas y riberas. La vena de agua es para ellos algo así como la conciencia para nosotros. El agua es, en efecto, la conciencia del paisaje. Donde hay agua parece el paisaje vivo. El agua del río es conciencia viviente" (Miguel de UNAMUNO)

Hoy, en España apenas quedan ya ríos y paisajes asociados al agua. Don Miguel de Unamuno no podría hacer realidad su sueño. Nuestros grandes ríos están en la mayor parte de sus tramos ahogados bajo el agua, junto con sus angosturas y gargantas. Apenas quedan vestigios de los grandes humedales de antaño, ni tampoco de los grandes bosques de riberas que orlaron las orillas de nuestros grandes ríos peninsulares. Tan solo queda algún pequeño tramo, cabecera o pequeña cuenca que conserva aún su pristinidad y su poder de evocación. Todo lo demás está disfuncionado, desnaturalizado, contaminado o sepultado bajo el agua. No tenemos ríos sino cadáveres hidrológicos del progreso. Bastaría repasar la lista de todos nuestros ríos de una cierta entidad, desde los que desembocan en las costas gerundenses hasta Ayamonte, y desde Laguardia hasta el Bidasoa, y hacer un recorrido mental desde su cabecera hasta el mar, para constatar esa triste realidad.

Un bien que por su propia naturaleza es tan esencialmente público como un río, es propiedad privada, patrimonio

concesional por tiempo prácticamente ilimitado. Sin embargo, el sentimiento de la propiedad colectiva es una necesidad del alma humana. Hoy el agua, antes que nada, es considerada como un recurso al servicio de una idea irresponsable y perversa del progreso, un bien estratégico, una forma de poder y de oportunismo político. Lo que ocurre hoy con el agua y los ríos no es sino la manifestación en versión hidrológica de lo que acontece en todos los ordenes de la vida, con todos los bienes comunes de la Tierra por sagrados que sean o lo hayan sido, sacrificados al eufemismo y la borrachera del progreso y de la soberbia humana .

"A mi no me cabe la menor duda de que un día, de imposible fijación, los españoles celebrarán la noche de fin de año con uvas recogidas en Almería, regadas con aguas del noroeste. Todo se verá, todo se andará. Nuestros sucesores, sin duda muy lejanos, o comerán esas uvas o no comerán ninguna (...). Si la naturaleza fuera sabia como dicen y se ajustara a las necesidades de los hombres, el Tajo debería haber variado su rumbo para, rompiendo en la Sierra de Altomira, dirigirse hacia el Sur. Y unir sus aguas al Guadiana para formar una sola arteria capaz de hacer de Extremadura una segunda Rioja. Pero si no lo ha hecho la naturaleza, siempre expectante, es porque sin duda confía en que lo hará el hombre" (Juan BENET)

La *Nueva Cultura del Agua* es una llamada de atención a esa realidad, a ese egocentrismo, a esa soberbia y a ese orgullo devastador; es mucho más que una apelación al uso eficiente y responsable del recurso. Es una filosofía hidrológica que aprovechando la profunda vinculación emocional que siempre ha habido entre el ser humano y el agua, pretende utilizarla como un elemento pedagógico, como una herramienta para la toma de conciencia de una realidad superior, que nos atrapa a todos en una espiral de degradación general, que afecta no solo a los ríos y a los ecosistemas acuáticos en general, y a toda la naturaleza, generando fealdad, disarmonía, insalubridad, riesgos, un medio impregnado de desconfianza,... sino también a la propia alma humana; es decir, a la dimensión espiritual de las personas, a los valores que nos distinguen del bruto.

El agua es un elemento natural que ha simbolizado como ningún otro a lo largo de todas las cultura, la naturaleza y el origen de las cosas, incluida la propia vida. La conexión emocional del ser humano con el agua es tan profunda, que a través de ella podemos acercarnos a la comprensión de su maravillosa complejidad, con todo el mensaje metafísico que encierra. La evidencia de su degradación impulsa a una reflexión profunda, a preguntarnos qué está pasando y hacia dónde vamos; nos invita a revisar el concepto de eso que llamamos "progreso", a tomar conciencia de nuestra propia esquizofrenia y a buscar nuestro centro personal y colectivo.

¿Qué es el progreso? ¿qué precio estamos pagando por él? ¿No sería mejor no poder comer algún año las uvas de noche vieja, y conservar a cambio determinados valores y orden natural de las cosas? Basta analizar un poco la realidad para darse cuenta de que estamos llamando progreso a la posibilidad de satisfacer la apetencia por los abalorios, caprichos y fantasías que nos

ofrece en cada momento el mercado, las cosas que nos pone en los escaparates la sociedad del consumo, siempre en permanente renovación, de forma que nos aboca a una espiral de ansiedad que no tiene límite de satisfacción posible. Mantener esa espiral obliga al desvencijamiento permanente de la naturaleza, en este caso de los ríos, con las consecuencias emocionales que tiene para el ser humano.

El discurso de la autocomplacencia nos está llevando a llamar caudales ecológicos a lo que no es sino disfunción y muerte. Y "caudal sobrante" (¡que barbaridad conceptual!) al todo aquello que sobrepasa el caudal ecológico: el 10% de su aportación media. ¿Podríamos, acaso, llamar "respiración ecológica" a un ritmo de inspiraciones reducida al 10% de lo normal, por más que nos garantizase la vida, una vida absolutamente vegetal?

Si progresar es caminar hacia un pretendido estado de bienestar personal y colectivo, habrá que empezar por preguntarse qué es el bienestar, qué es lo que nos hace sentirnos bien, equilibradamente bien. La respuesta es evidente: las pequeñas cosas, la salud física, el tener cubiertas las necesidades básicas de alimentación y de techo, el control del dolor y de la enfermedad estúpidas, el amor de los demás, el sentirnos amados, la buena socialización, el clima de confianza humana, la actividad lúdica... y un estado de calma interior que sólo es posible por debajo de un determinado ritmo de actividad, es decir, en un ritmo de vida no agobiante, humano y humanizado, en el que haya tiempo para vivir la vida, para compartir, para ser conscientes del milagro y la maravilla de la existencia y de nuestro propio existir. Eso es lo que en verdad nos hace sentirnos íntegramente bien. Sólo cuando se pierden esas pequeñas cosas, o cuando las recuperamos después de haberlas perdido, es cuando somos conscientes de su excepcional valor.

El bienestar interior es otra de las aspiraciones intrínsecas y nobles del ser humano a cuyo fin hipoteca buena parte de sus afanes. Lo que ocurre es general confunde ese bienestar con la satisfacción de las ansias relativas de poder, con la imagen de triunfador ante los ojos de los demás, y con la posibilidad de acceso a los abalorios del progreso. El sistema de progreso que hemos construido en base a un concepto cercenado del bienestar, nos ha estupidizado a tales niveles, explotando nuestras bajezas y querencias, que hemos confundido el estado de bienestar con la capacidad de tener las cosas que los escaparates nos ofrecen, y que sólo un sector privilegiado de la sociedad puede conseguir.

Ignoramos que más allá de un determinado umbral, el estado de felicidad es una cuestión interior, de naturaleza metafísica. A mis alumnos les suelo decir todos los años que la principal ecuación humana que cada cual tiene que tratar de resolver en su vida es, precisamente, la del estar bien, su felicidad personal. Les hago observar que no es más feliz el Rector que el bedel, el arquitecto que el albañil,... Y que a través del estudio de la compleja realidad poliédrica del agua, de su origen, de lo que es para la naturaleza y de lo que significa para los seres humanos, nos podemos acercar un poco más a determinados secretos

y misterios de nuestra propia naturaleza, de nuestro estado de bienestar, y a darle así un sentido humanista y holístico al saber.

\* \* \*

Aquí está precisamente a la raíz del problema, porque todo empieza por el bienestar personal. La paz -objeto central de este Seminario que nos acoge y de estas XIV Jornadas de Educación para la Paz-, empieza precisamente por ahí, por la paz de uno mismo; por ese estado de bienestar interior de cada cual. Una persona que no se encuentra bien consigo mismo, que vive en un estado de ansiedad permanente, de competitividad con los demás, abriéndose paso a codazos, queriendo ganarle tiempo al tiempo en aras de la productividad, es difícil que se relacione con los demás en términos de paz, de amor y de fraternidad; es difícil que llegue a captar el profundo mensaje de armonía y de comprensión que hay en la naturaleza, en el fluir de un río impoluto camino del mar. Es imposible que se relacione amorosamente con los demás.

Dicho esto, la clave para crear un mundo de paz está en trabajar el propio concepto de bienestar interior, la paz con nosotros mismos y con los demás. Una percepción así de la vida y de la convivencia humana, tiene mucho que ver con la comprensión del significado de la naturaleza para el ser humano, con entender que nosotros mismos somos esa naturaleza. Tiene también mucho que ver con una educación y un clima forjados en el ensalzamiento de la virtud; es decir, con la educación y la praxis en los valores del espíritu, en definitiva con una cultura de la paz.

Al haber confundido el concepto de progreso con nuestra cota de poder social en sus múltiples y sibilinas expresiones, toda nuestra actividad personal y colectiva acaba sometida a los intereses del sistema productivo y del mercado, a un estado permanente de competitividad, de hipoteca de las posibilidades sublimes de nuestra propia vida,... a una castración de su dimensión espiritual, en la que el tiempo acaba convertido en dinero, y a todos nos sume en estado patológico de prisa crónica. "El tiempo es vida" me gusta afirmar, y no oro o dinero como el modelo de progreso nos enseña.

Hemos desentrañado muchas cosas, hemos diseñado grandes ingenios y desarrollado tecnologías para construir máquinas increíbles. Sabemos mucho, pero se nos ha olvidado qué es la vida, y qué es el ser humano. Se nos ha olvidado vivir. Hemos perdido la conciencia de cuáles son los grandes problemas de la familia humana. El sistema nos ha atrapado, nos ha aborregado la mente y las conductas; nos ha hecho seres más estresados y más violentos. Vivimos agobiados por la fiscalización de nuestra propia vida, ayunos de libertad personal, faltos de tiempo para convivir y para conversar, faltos de ambientes de comunicación en los que pueda emerger la reflexión y, con ella, la sabiduría del vivir. De la mano del progreso estamos haciendo de nuestra

vida y de la convivencia entre los seres humanos un auténtico polvorín.

¿Qué es vivir? En el mundo que hemos construido a base de saberes físicos y tecnología sin alma no hemos sabido dejar espacios ni tiempo siquiera para hacernos la pregunta. Más aún, nos da miedo hacérsola. Personalmente, desde un tiempo a esta parte, me declaro sin ningún pudor "vividor"; reivindico la vieja figura del vividor, tanto tiempo denostada por el dogma del progreso.

\* \* \*

¿Qué pinta el agua en todo esto, se habrán preguntado Vds a estas alturas de mi discurso? La presencia de un río vivo, la contemplación de su fluir, su mera existencia, llevan un profundo mensaje de comprensión, de paz, de unicidad con la naturaleza, de desaceleración interior, de reencuentro con la esencia de uno mismo y con la vida,... en definitiva, con el mensaje que un buen día encontró Siddhartha, el protagonista de la obra homónima de Hermann HESSE. A ese estado de felicidad que nos transmiten los ríos, con toda la vida y los paisajes que soporta su presencia,... a esa emoción inimaginable que sentimos cuando lo contemplamos desde dentro y no desde su orilla, un día se me ocurrió bautizarlo con el término de *fluviofelicidad*, que es uno de los elementos emocionales que configuran la filosofía de la Nueva Cultura del Agua.

La *Nueva Cultura del Agua* es entender que el agua y los ríos, con ser un recurso para el ser humano, son mucho más que eso. A través de sus múltiples manifestaciones, el agua es un elemento de acercamiento a la comprensión profunda de la existencia humana; es la expresión más sublime de la vida y de la maravillosa dinámica de la Tierra; es la gran singularidad cósmica del planeta; el gran tesoro de la vida y de la humanidad.

Podríamos definir *la Nueva Cultura del Agua* como el arte de ponderar desde la inteligencia un conjunto de realidades:

PRIMERA: Que el agua y los ríos son elementos de la naturaleza que cumplen unas funciones allí donde están, como resultado de unos complejos equilibrios planetarios que determinan la ubicación y las características de los climas, que modelan el paisaje, los valles, las playas,... y alimentan la vida que de ellos depende, incluida la vida del litoral. Los ríos, a la vez que son el resultado de un equilibrio en el que las cosas están donde tienen que estar, su presencia genera y alimentan nuevos equilibrios. Estaban en su sitio mucho antes que los humanos apareciéramos en el escenario de la Tierra.

SEGUNDA: Que el ser humano y la forma como ha evolucionado la humanidad han hecho que el agua dulce de los continentes - superficial o subterránea-, la fuerza motriz de los ríos, su oferta como vía de navegación, y sus espacios inundables, con sus gravas y arenas, sean unas veces necesidad y otras

apetencia para determinados sistemas productivos, para la expansión de la actividad humana y desarrollo de determinadas formas de confort; es decir, un recurso

TERCERA: Que el agua, considerada como recurso es un bien anualmente renovable, que no se agota, y que salvo en los llamados usos consuntivos, es un recurso reutilizable y reciclable, además de almacenable en grandes volúmenes, es también potabilizable, depurable y desalinizable a escala industrial.

CUARTA: Que la utilización del agua y los ríos como un recurso conlleva la aparición de una serie de disfunciones y degradaciones en el medio natural,, que no deberían ser asumidas más allá de un determinado nivel, que en general hemos sobrepasado.

QUINTA: Que la vinculación emocional, en cierto modo misteriosa e insondablemente profunda, del ser humano con el agua y con su fluir, hacen de ella un bien muy singular, absolutamente excepcional, con unas vinculaciones metafísicas y simbólicas en nada comparable a la que tiene con ningún recurso de la Tierra. En el agua dulce de ríos y manantiales el ser humano ha materializado un rico mundo de valores y simbolismos, empezando por la idea sublime de la pureza, o de la fertilidad como símbolo de la permanente renovación de la vida; el fluir lleva un mensaje de espiritualidad; con el agua se ha lavado la misma interna del alma, y se ha bautizado al infiel, se entrado en el mundo de la gracia. En casi todas las culturas los ríos han recibido el tratamiento de padres. Son partes consustanciales de los territorios, y un elemento fundamental de su personalidad. Para las gentes ribereñas los ríos han sido patrimonio de memoria y de identidad, un símbolo de trascendentalidad, un testigo del paso de las generaciones y, como tal, un nexo de unión atemporal entre las generaciones, presentes y las que han de venir. Han sido socorrida despensa proteínica de muchas gentes, hoy mermada por la contaminación. Más que nunca, un río vivo es hoy una oferta lúdica de gran valor emocional.

Dicho esto, ningún plan de gestión del agua y de los ríos que no sea capaz de ponderar de forma honesta esas cinco realidades, no tiene derecho a autollamarse un plan hidrológico de futuro. El nivel de destrucción al que hemos llegado de los ríos de muchos países, entre ellos el nuestro, nos permite hablar en términos de un ¡basta ya! y calificar al tiempo actual como "el tiempo de los ríos". No es ya tiempo de incrementar su explotación, ni cuestión de justificar la manera de dar dos vueltas de tuerca más a unos ríos en exceso contaminados, degradados, disfuncionados, afeados,.. y privatizados. No es tiempo de nuevas degradaciones ni falsos discursos ecológicos; es el tiempo implacable de la conservación de lo que queda del naufragio hidrológico general de cinco décadas de expolio y de explotación sin ética al servicio de un sistema de desarrollo que ha tocado fondo. Es el tiempo de rescatar bellezas, ofertas

de emoción, simbolismos y valores, de los que el modelo de progreso de las últimas décadas no ha ido dejando ayunos.

El ser humano necesita de la presencia de la belleza natural en su proximidad cotidiana; necesita percibir en ella ese alma del mundo, la presencia de ese misterioso y sublime orden natural que se extiende desde lo más ínfimo hasta lo más grande, ese "cosmos" que llamaron los griegos, que ha sido el soporte de la parte espiritual del ser humano, ante el que se han emocionado las mentes más excepcionales de todos los tiempos, desde Tales de Mileto y Aristóteles hasta Teilhard de Chardin o Einstein, pasando por San Francisco de Asís.

En estos momentos de crisis generalizada de valores, de cambios profundos, de degradación de los ecosistemas de la Tierra, grandes y pequeños, de pérdida de los valores religiosos, de cambio de la ideología... regidos como estamos todavía por afanes insaciables de lucro, amenazados por sistemas de destrucción apocalíptica que afectan a la atmósfera, a los mares, a los suelos, ríos, animales y plantas,... urge y es moralmente obligado lanzar un ¡basta ya! una cruzada de rehumanización del sentido del progreso y de reespiritualizar nuestra propia existencia.

El movimiento ecologista -entendido como la llamada al respeto y la comprensión del significado de la naturaleza para el ser humano-, es hoy en día necesario para alimentar la debilitada dimensión espiritual del ser humano. En ese sentido representa una esperanza de cambio del modelo de progreso. Aplicado al caso concreto del agua y a los ríos, ese movimiento está centrado en la filosofía de la Nueva Cultura del Agua, que reconoce la magia que siempre ha tenido el agua para el ser humano, y entiende que la percepción de la complejidad del agua y la fuerza de las emociones que despierta en el ser humano, pueden llegar a ser un camino singular de toma de conciencia de dónde estamos y hacia dónde vamos.

De igual modo que suele decirse del ser humano que lleva la belleza de la música dentro de sí -tal como lo prueban las reacciones del feto observadas cuando todavía está en el vientre de la madre-, podría también decirse que lleva potencialmente muy dentro de sí la magia del agua y de su fluir, aunque no sea conscientes de ello. La emoción que despierta el fluir de un río vivo de aguas cristalinas, el murmullo del agua, el descenso de un río en una piragua al ritmo tranquilo de sus aguas, contemplando los bosques de sus orillas, la vida que los habita, la libertad de los pájaros, el silencio, la paz que emana de un mundo en armonía,... son emociones tan sublimes y encierran tanta comprensión, que son imposibles de ser entendidas por quien no las ha degustado o no está dispuesto a entenderlas, pues no hay más ciego que el que no quiere ver.

Tal como se expresaba el viejo barquero Vasudeba -el personaje de la obra de citada de Hermann HESSE-, creo que mi manera de ser y mi forma de relacionarme con mis semejantes y de sentir la propia naturaleza, se la debo en gran parte a mis experiencias

del río, a esas emociones metafísicas que la vivencia del fluir del agua trasmite. Hoy no puedo entender que un ingeniero, un economista, un jurista, un regante, un hidroeléctrico y un político, sentados en una mesa decidan cuál va a ser el destino de un río, basados únicamente en criterios de aprovechamiento, sin haber entendido antes la sublime complejidad que encierra un río. Me alarma la extrema vacuidad de ese slogan que afirma "Aragón, agua y futuro" capaz de movilizar a cientos de miles de personas en nuestra tierra. ¿De qué modelo de futuro y de territorio nos habla? ¿Acaso de un Aragón con sus ríos, antaño majestuosos, reducidos mañana a sus caudales ecológicos,... pero no ya de aguas naturales sino de aguas industriales procedentes de los colectores de las depuradoras, con el resto, - lo que se supone que a nuestros ríos les sobra-, destinado a transformar secanos en regadío?

Ya hemos pagado un excesivo tributo en valores patrimoniales y en despersonalización de las mayores grandezas del territorio a fuerza de embalses y detracciones de agua, de vertidos urbanos e industriales y de retornos de riego altamente contaminadores, que han envenado todas las aguas en aras de un modelo de desarrollo irrespetuoso, que si bien un día pudo tener un cierto nivel de justificación creando ilusiones colectivas hoy en general ya no lo tiene. Antes al contrario, es causa de enfrentamientos entre regiones y comarcas, lucha entre un mundo de intereses y otro de valores.

Desde la perspectiva de la Nueva Cultura no puede ni debe ser jamás motivo de enfrentamiento entre las personas y los pueblos por el agua, sino de acercamiento al bien hacer, al respeto a los derechos de las personas y de los territorios a preservar las esencias de su identidad. Acercamiento a la comprensión de la necesidad de un mínimo de belleza natural en la vida, pues de esa belleza de emana siempre la paz inherente a la armonía sublime de lo cósmico. Nadie puede erigirse en dueño de un río, de sus funciones y destino.

Hoy en día, no es ya fácil en nuestro país encontrar razón de necesidad de nadie, personal ni colectiva, que permita seguir destruyendo lo poco que queda de nuestros ríos en nombre de no se sabe qué progreso, o de qué pretendido interés general. En caso de necesidad, la tecnología y el bien hacer hidrológico, permiten otras alternativas. Es hora de comprender que los ríos son también para disfrutarlos, para contemplarlos, para verlos pasar, para sentir su mensaje, y para entendernos mejor a nosotros mismos. Es hora de entender y asumir que la belleza de lo natural es un alimento espiritual del alma.

\* \* \*

Conocido el mal, analizados sus efectos y diagnosticada la causa, hay que preguntarse si existe acaso forma de detener esa marcha hacia la autodestrucción y la violencia, hacia una catástrofe medioambiental y humana,... hacia la desaparición de un mundo ancestral de valores, o bien caminamos hacia un ser humano absolutamente nuevo, desligados y fríos ante la presencia de lo

natural ¿Hay posibilidad de sustituir el actual modelo de progreso antropofágico y ecocida, por otro basado en la esperanza colectiva, en una marcha ilusionada hacia la armonía general con lo cósmico?

Desde una perspectiva teórica habría que responder que SI; que existe ese modelo; del mismo modo que existe una salida para las gentes atrapadas por la autodestrucción de la dependencia de la droga. Sólo es necesaria la voluntad firme de querer salir de ella, y que quienes suministran la droga, productores, mayoristas y camellos, estén dispuestos a renunciar a su macabro negocio, a la abominable y satánica economía del crimen que hay detrás del mercado de la droga .

El miedo a salir del actual sistema es, por un lado, la dependencia que crea en quienes han degustado sus efectos alucinantes, y la creencia de que no hay alternativas, y por otro, que el progreso que hemos diseñado, el que ha ido configurando nuestra propia voluntad, es como la marcha en bicicleta, que si dejas de dar a los pedales te caes. El temor procede de que nunca hemos hecho esfuerzos significativos para diseñar un modelo alternativo, un modelo de desarrollo humanizado y humanístico.

Si los actores principales, los protagonistas de esta gran comedia del progreso y el desarrollo, los que con sus conductas marcan el ritmo de la sociedad, se sentaran y decidieran un buen día dar el oportuno toque de volante, nuestro horizonte dejaría de ser el precipicio. Bastaría también con que los ciudadanos, los que votamos y quienes sostenemos con nuestro consumimos absurdo, nos pusiéramos de acuerdo para cambiar el mundo. Cualquier poderosa multinacional es tremendamente frágil ante la fuerza de los consumidores. Cualquier poder político se viene abajo sin los votantes.

Estamos ante el dilema del célebre cuento del gato y los ratones: "¿quién pone el cascabel al gato?" El poder tiene atrapadas y fiscalizadas nuestra capacidad de comunicar y de pensar. El alimento que nutre diariamente el pensamiento de los ciudadanos y los aditivos que lo hacen apetecible y digerible están controlados por él. Si el alimento lleva ya dentro la droga, es difícil que el ciudadano tenga conciencia de su situación, porque su mente está cautiva y sus buenos sentimientos dormidos.

Foros como el presente, como estas XIV Jornadas de Educación para la Paz ayudan, en primer lugar, a tomar conciencia de la situación; en segundo lugar a comprender las causas y los porqués y, en tercer lugar, lo que es más trascendente, a meter el problema en el corazón de los ciudadanos. Si conseguimos este tercer objetivo, es cuando se puede hacer verdad la expresión que afirma que "la fe mueve montañas".

Zaragoza, 23 de febrero 2007